

18 Feb. 76

173741 ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LOS PREDESTINADOS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL CUARTERO.

Representada con aplauso en el *Teatro de la Risa* la noche
del 15 de Febrero de 1875.

279

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

L47 - 6726

L.V-6

LOS PREDESTINADOS,

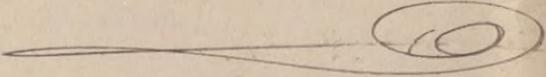
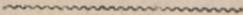
COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL CUARTERO.

Representada con aplauso en el *Teatro de la Risa* la noche
del 15 de Febrero de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE F. GARCIA Y D. CARAVERA,

Calle Mayor, número 119.

1876.

REPARTO.

PERSONAJES.

ACTORES.

MALVINA	D. ^a ANGELA BERJES.
JULIO	D. MIGUEL BRICEÑO.
FABRICIO.....	D. JOSÉ BANOVIO.

La acción pasa en Madrid.

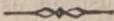
Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

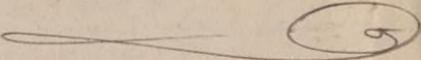
Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.



Sala elegantemente amueblada.



ESCENA PRIMERA.

FABRICIO.

MALVINA. ¡Fabricio, mis botas!

JULIO. ¡Fabricio, mi gaban!

FABRICIO. Válgame Dios, y qué algaravía, promueven estos dichosos huéspedes, pues lo que es yo no los sufro más; hoy mismo le pido la cuenta al amo, y si te ví no me acuerdo.

MALVINA. ¡Mis botinas!

FABRICIO. ¡Allá van! Y todavía no las he limpiado el barro; no importa, en pasándolas un poco el cepillo bien están. (*Cantando.*)

Dale de betun,
dale de betun
á las botas.

Dale de betun,
dale de betun
que están rotas.

ESCENA II.

FABRICIO, MALVINA.

- MALVINA. Y te estás con esa flema, cuando sabes que tengo que salir.
- FABRICIO. Dispense usted, señorita; pero como uno no tiene más que dos manos...
- MALVINA. ¡Jesús! ¡Jesús! en estas fondas no pueden hospedarse las gentes *com il faut*.
- FABRICIO. (*A parte.*) Miren la doña Remilgos y qué aspavientos hace.
- MALVINA. ¿Qué murmuras?
- FABRICIO. Nada, que hay van las botas.
- MALVINA. ¡Qué domésticos tan poco civilizados! (*Váse.*)

ESCENA III.

FABRICIO, JULIO.

- JULIO. ¿Pero tú te has empeñado en tenerme toda la mañana en mangas de camisa?
- FABRICIO. Yo... yo...
- JULIO. Yo... yo... ¿te has vuelto tartamudo? Vamos, tráe pronto ese gaban.
- FABRICIO. Es que como está todavía sin cepillar...
- JULIO. Y en dos horas no has tenido tiempo para... no sé cómo me contengo.
- FABRICIO. Si usted fuera el único huésped que hubiera en la fonda...
- JULIO. Quitate de mi presencia, porque sino...
- FABRICIO. (*A parte.*) ¡Vaya unos humos que gasta! Pues lo que es sus propinas aun no las he visto yo.
- JULIO. ¿Qué murmuras?
- FABRICIO. Nada.
- JULIO. No sé cómo en las fondas de Madrid consienten criados tan estúpidos.
- FABRICIO. Mil gracias por el favor. (*A parte.*) ¡Alcornoque!
- JULIO. ¿Te marchas ó no?
- FABRICIO. Ya me voy. (*A parte.*) ¡Salvaje!

ESCENA IV.

JULIO.

Héme ya en Madrid dispuesto á todo; porque el hombre que se dispone á casarse en estos tiempos, puede decir que se le importa un bledo todo lo del mundo. Yo, don Julio Requeson, el pirata callejero de Salamanca, voy á prestar mi cuello al nudo matrimonial, ¡y vaya si es nudo el del matrimonio! Es un nudo... que ni el nudo gordiano; pero dejémonos de reflexiones inútiles que á nada conducen, y vamos á cepillar mi gaban ya que ese bárbaro de criado no lo ha hecho. ¡Pobre gaban, tú eres mi mejor amigo! Tú me prestas el calor en el invierno y el prestamista los cuartos en el verano cuando no me sirves, porque Dios se encarga de echarnos una capa de fuego á los mortales. Vamos al cuarto, á ver si por casualidad encuentro un cepillo; vivir en esta fonda es lo mismo que vivir en Sierra Morena, mucho peor, porque allí al menos le limpian á uno.

ESCENA V.

MALVINA.

Pues señor, es muy particular cuanto me pasa; mi señor tío se empeña en que me case con un primo á quien no conozco y á quien en mi vida podré amar, bajo la pena de desheredarme sino consiento. ¡Cuidado que es empeño el de mi señor tío! Y si al menos mi primo fuera un hombre rico... elegante... buen mozo... porque lo que es yo no soy tan despreciable... al menos se me figura que el espejo me dice la verdad... ¡Oh! cuando una mujer es hermosa bien pronto lo sabe; sus ojos son el espejo de todos los hombres y su

talle la flexible caña que sirve para pescar a los incautos que pican el cebo de su gracia. ¡Y ese tío feroz pretende que entregue mi blanca mano á ese primo que viene de Salamanca á casarse, como si viniera á comprar un estuche, una cocinilla económica ó unas navajas de afeitar. ¡Esto es inaudito, vergonzoso, espeluznable!

ESCENA VI.

MALVINA, JULIO.

- JULIO. Gracias á Dios que encontré un cepillo. Calla. ¿Está aquí mi encantadora vecina?
- MALVINA. ¡El es! Ese huésped grosero que siempre necesita al criado cuando yo le necesito.
- JULIO. Es muy bonita; pero tiene un génio... Con su permiso... (*Cepillando el gaban.*)
- MALVINA. ¡Já, já!
- JULIO. ¡Se está riendo en mis barbas! digo, en mi bigote... Señora... Caballero...
- MALVINA. ¿Es de mí de quien usted se rie?
- MALVINA. No, señor, del otro.
- JULIO. ¡Se guasea!
- MALVINA. ¡Já, já, já!
- JULIO. Ríase, señora, ríase usted; ¡y qué bonita está!
- MALVINA. ¡Já, já, já!
- JULIO. Será preciso seguir, ya que usted no cesa en su risita.
- MALVINA. (*Aparte.*) Y no es feo, bien mirado. Si pudiera...
- JULIO. (*Aparte.*) Cuánto más vale esa mujer que no la que me destinan; pero eso de llamar al mozo siempre que yo le llamo, es una cosa... que pone los pelos de punta á cualquiera.
- MALVINA. (*Aparte.*) Si yo pudiera entablar conversación... Decía usted...
- JULIO. Yo... nada... ¡Gracias á Dios que acabé!
- MALVINA. Es usted un gran doméstico.
- JULIO. Señora, ¿usted me critica?
- MALVINA. Con sobrada razon.
- JULIO. Sí, no es extraño que critique usted al infeliz

soltero que no encuentra un alma caritativa que le cepille el gaban.

MALVINA.

¿Es usted soltero?

JULIO.

Desde que nací.

MALVINA.

¡Cuánto le envidio á usted, jóven!

JULIO.

¿De modo, que usted es casada y habrá tropezado con un hombre que no comprenda la perfeccion de esos encantos?

MALVINA.

No, señor.

JULIO.

¿Luego es usted viuda?

MALVINA.

No, señor.

JULIO.

Entonces, ¿es usted soltera?

MALVINA.

No, señor.

JULIO.

Pues si no es usted casada, viuda ni soltera, ¿qué es usted?

MALVINA.

Una mártir, caballero, una mártir; deje usted que derrame una lágrima al contemplar mi infortunio.

JULIO.

Sí, señora, derrame usted todo lo que quiera.

MALVINA.

Yo vivia feliz y tranquila como el pájaro en su nido, cuando un tío salvaje... ¿usted se entera?

JULIO.

Sí, ya me voy enterando.

MALVINA.

Vino á ponerme entre la espada y la pared; es decir, entre desheredarme ó casarme con un primo á quien no conozco.

JULIO.

Siga usted; me va interesando demasiado esa historia.

MALVINA.

Aquí entra lo gordo de mi desventura, caballero: yo no amo á mi primo, que será un provinciano, un paleta como si dijéramos, mientras que yo...

JULIO.

Usted es un ángel.

MALVINA.

Mil gracias. (*Aparte.*) Ya no me parece tan brusco como antes. ¡Cosa más particular!

JULIO.

¿Decia usted?...

MALVINA.

Mientras que yo me visto á la moda, tengo abono en los Bufos y leo á *Paul de Kock* y á *Dumas*.

JULIO.

¡La compadezco á usted!

MALVINA.

¿Por qué?

JULIO.

Porque debe usted padecer ataques...

MALVINA.

De corazon, sí, señor.

JULIO.

(*Aparte.*) Claro, leyendo á *Paul de Kock*, nada tiene de extraño.

MALVINA.

¿Y usted, no lee?

JULIO.

Yo no he leído en toda mi vida más que el *Bertoldo*.

- MALVINA. ¡Así está usted, que parece un *Bertoldino*!
- JULIO. Me parece que me está usted insultando, señora.
- MALVINA. Si le he ofendido...
- JULIO. ¿Ofenderme? ¡Una persona que es tan franca! ¡Que me abre su pecho!...
- MALVINA. Caballero... caballero... que yo no le he abierto á usted nada.
- JULIO. Usted dispense; pero cuando la desgracia tropieza con la desgracia...
- MALVINA. ¿Es usted desgraciado?
- JULIO. Hasta cierto punto; figúrese por un momento un jóven gallardo, así como yo; elegante, como yo; buen mozo, como yo...
- MALVINA. Y muy fátuo.
- JULIO. Como yo; digo, no, como... en fin, un mancebo capaz de comprender los atractivos de una mujer hermosa... y... ¡nada!...
- MALVINA. ¿Cómo... y nada?
- JULIO. Quiero decir, que al torrente de mi amor lo contiene un dique formidable.
- MALVINA. ¿Un dique?
- JULIO. Ese dique es mi tío, señora; ¡mire usted si decia yo bien, que la desgracia tropezaba con la desgracia!
- MALVINA. ¡Es cierto! A los dos nos une la misma simpatía.
- JULIO. ¡Pero una simpatía lúgubre!
- (*Se oyen dar las cuatro en un reló de mesa.*)
- MALVINA. (*Aparte.*) ¡Las cuatro! Es necesario asistir á casa del notario.
- JULIO. (*Aparte.*) ¡*Ecce homo*! Ya ha sonado la hora fatal: vistámonos para ir á casa de D. Judas Gavilan, mi notario.
- MALVINA. ¡Ah! ¿Va usted á salir?
- JULIO. Sí, señora.
- MALVINA. ¡Qué casualidad! Pues yo tambien tengo que salir; convengamos, caballero, en que una simpatía magnética nos liga.
- JULIO. ¡Es verdad! Yo siento mucho tener que abandonarla; pero un deber me obliga... A los piés de usted.
- MALVINA. Beso á usted la mano.
- JULIO. ¡¡Fabricio!! ¡¡Fabricio!!
- MALVINA. ¡¡Fabricio!! ¡¡Fabricio!!
- JULIO. Esto no se puede aguantar. ¡¡Fabricio!!
- MALVINA. Esto es insoportable. ¡¡Fabricio!!

- JULIO. Pero, señora, ¿usted se ha propuesto tentarme la paciencia?
- MALVINA. Usted es el que quiere agotar la mía.
- JULIO. ¿Yo?
- MALVINA. Sí, señor, usted. Vamos, ¿por qué llama usted al criado cuando yo le necesito?
- JULIO. Por una razón muy sencilla; porque me hace falta.
- MALVINA. Sí; pues lo veremos.
- JULIO. Ya lo creo que lo veremos.
- MALVINA. ¡Fabricio!!
- JULIO. ¡Fabricio!!

ESCENA VII.

DICHOS y FABRICIO.

- FABRICIO. ¿Qué se ofrece, señores?
- MALVINA. Ves á la esquina y avisa á un cochero.
- JULIO. Antes trae agua para afeitarme.
- FABRICIO. ¿Pero á dónde voy antes?
- MALVINA. Por el coche.
- JULIO. Por el agua.
- FABRICIO. Está bien.
- MALVINA. Beso á usted la mano, caballero.
- JULIO. A los pies de usted, señora.

ESCENA VIII.

FABRICIO.

¡Por el coche! ¡Por el agua! Pues no voy por nada, aquí me siento hasta el día del juicio por la tarde. ¿Qué se habrán pensado esos señores que es un mozo de fonda? ¡Vaya una suerte la mía! Comer poco, dormir menos y vestir mal, sino fuera porque la doncella del principal, que es una moza con más sal que el Océano, y tiene ahorrado un pequeño capital, se muere por mis pedazos...

ESCENA IX.

FABRICIO, JULIO.

- JULIO. ¿Todavía estás aquí? ¿Qué haces ahí tan sentado?
- FABRICIO. ¡Toma! descansar.
- JULIO. Anda por el agua.
- FABRICIO. Voy.
- JULIO. Espérate un poco.
- FABRICIO. Ya me espero.
- JULIO. ¿Hay aquí en la fonda recado de escribir?
- FABRICIO. Sí, señor, encima de ese velador encontrará usted lo necesario.
- JULIO. Está bien.
- FABRICIO. ¿Con su permiso?...
- JULIO. ¿Dónde vas?
- FABRICIO. Por el coche.
- JULIO. No te he dicho que te esperes.
- FABRICIO. Es que...
- JULIO. Siéntate.
- FABRICIO. Pero...
- JULIO. (*Sentándole á la fuerza.*) Que te sientes.
- FABRICIO. (*Aparte.*) ¿Qué bárbaro es este tío!
- JULIO. (*Aparte.*) ¡Escribiré una carta á la vecina! La verdad es que me he portado groseramente. Enmendaré mi error; sí, ya lo he pensado, la escribiré en verso, esto alhaga á las mujeres sensibles y poéticas, á pesar de que la mitad no conocen lo que es la sensibilidad ni la poesía.

(*Escribiendo.*)

- Esta imagen no me parece buena, la cambiaremos y pondremos otra; sí, esta es mejor, ahora un poco de romanticismo y ya está; me parece que en el género epistolar soy un primer espada, es decir, un maestro.
- ¿Hé? tú. Fabricio; ¿pues no se está durmiendo?
- FABRICIO. ¿Quién va?
- JULIO. Toma y entrega esta carta á la vecina.
- FABRICIO. Está bien.
- JULIO. Tráete el agua caliente para afeitarme.
- FABRICIO. ¿Pero qué es primero, la carta ó el agua?
- JULIO. Las dos cosas, hombre.

- FABRICIO. ¿Las dos cosas? ¿Pero dígame usted, señorito, usted que se figura que es un mozo de fonda?
- JULIO. Un cohete.
- FABRICIO. Pues mire usted, cuando el cohete estalla...
- JULIO. Si, revienta. (Váse.)
- FABRICIO. (Aparte.) ¡Qué bárbaro!!

ESCENA X.

FABRICIO.

¡Vaya un papel! ¡Calla? ¡el sobre está en blanco y abierto! Si yo pudiera... ¿y por qué no? El que lleva una carta abierta debe estar interesado en el negocio, de modo que bien puedo yo sin escrúpulo de conciencia enterarme de su contenido. ¡Claro está! Veamos á ver lo que dice:

Paloma que vaga errante
por las fondas de Madrid,
oye de aqueste adalid
la pasión pura y constante!
calma su pena cruel,
que en fuego vivo y deshecho.
se abrasa todo su pecho
pues á su pasión es fiel.

Pues no tiene poco fuego el huesped, si-
gamós.

Tu cual la ondina hechicera
entre las brisas del mar.

Ahora entra el agua, esta carta lleva todos
los elementos.

Tú cual la ondina hechicera
entre las brisas del mar...

No he visto versos más malos en todos los
días de mi vida.

ESCENA XI.

FABRICIO, MALVINA.

- MALVINA. ¿Has avisado al cochero?
FABRICIO. No, señora.
MALVINA. Si me dejara llevar de mi genio...
FABRICIO. (*Aparte.*) Esta señora es un chacal con enaguas.
MALVINA. ¿Y por qué no le has avisado?
FABRICIO. Porque me entretuvo el señorito de ahí enfrente.
MALVINA. (*Aparte.*) Está visto que ese maldito vecino ha de ser mi sombra negra. Avísale.
FABRICIO. Está bien, pero...
MALVINA. ¿Qué haces ahí?
FABRICIO. Es que...
MALVINA. ¡Vete!
FABRICIO. Es que el señorito me ha dado una carta para usted.
MALVINA. ¡Tráela! Ya te estás largando.
FABRICIO. ¡Al instante! (*Aparte.*) En cuanto lea la carta le dá la pataleta.

ESCENA XII.

MALVINA.

(*Leyendo.*) «Paloma que vaga errante» ¡una declaración! ¡Ja! ¡já! ¡Pobre vecino! ¿Y me llama hechicera? ¡Qué galante! Bien mirado, me es simpático ese jóven; se nota en él un aire de dignidad poco comun; luego he simpatizado con él de tal manera al saber que se va á casar con una mujer á quien no conoce, que casi estoy por perder la herencia de mi estimado tío y decirle que correspondo á sus afecciones... ¡Bah! merece meditarse un poco, porque perder así cinco mil duros no tiene maldita la gracia. Vamos á componer mi tocado, antes arreglaré estas flores que están un poco ajadas.

ESCENA XIII.

MALVINA, JULIO.

- JULIO. ¡Qué bella está!
- MALVINA. ¡Él (*Aparte.*) Disimulemos.
- JULIO. Dispongámonos para el sacrificio. Aquí está el frac que me compré el año pasado para asistir al entierro del alcalde; ahora me servirá para asistir á mi propio entierro. Le cepillaremos un poco... ¡Caramba! ya saltó un boton.
- MALVINA. ¿Estaba usted ahí?
- JULIO. Sí, señora; aquí estoy renegando de la hora en que nací.
- MALVINA. ¿Tan desesperado está usted?
- JULIO. ¡Si le parece á usted poco el motivo!
- MALVINA. Veamos.
- JULIO. Supóngase usted por un instante un hombre que tiene prisa, mucha prisa, y se le cae un boton; ya vé usted si esto no es para darse á todos los diablos.
- MALVINA. ¿Y no es más que eso? Convengamos, amigo mio, en que tiene usted muy mal genio; eso se remedia fácilmente.
- JULIO. ¿Cómo?
- MALVINA. Así: deme usted el frac.
- JULIO. Pero vecina...
- MALVINA. Que se pasa el tiempo, hombre.
- JULIO. Allá va... ¡Ay, vecina! Juro que ese boton que usted me pega, ha de ser para mí una reliquia sagrada.
- MALVINA. ¿De veras?
- JULIO. Y tan de veras?
- MALVINA. Permítame usted que lo dude.
- JULIO. Entonces...
- MALVINA. Como está usted próximo á casarse...
- JULIO. Con una mujer á quien no amo, á la que nunca podré amar.
- MALVINA. Poco á poco, señor mio, usted no la conoce... y quién sabe...
- JULIO. Mi tio tiene muy mal gusto, señora; de fijo es vizeca cuando menos.
- MALVINA. Hace usted muy poco favor á su tio; ¿quién sabe si será una hermosa y elegante señorita?

- JULIO. ¿Y por qué no me envía entonces su retrato?
MALVINA. Quizá para sorprenderle.
JULIO. No, si á mi no me sorprenden las mujeres bonitas; las que me causan sorpresa son las feas.
- MALVINA. ¿De modo que usted se casaría con una mujer bonita sin conocerla?
JULIO. Según y conforme... Con usted, por ejemplo, no tendría inconveniente ninguno en casarme.
- MALVINA. ¡Mil gracias! Ya está cosido el boton: ahora si que no se despegará jamás.
JULIO. Cosido por esas divinas manos, ya lo creo que se mantendrá firme.
- MALVINA. Es usted muy galante.
JULIO. Digo lo que siento.
MALVINA. Y diga usted, caballero, ¿no sería fácil hacer desistir á su tío de ese pensamiento?
JULIO. Es aragonés; con decirle á usted esto, le digo todo.
- MALVINA. Tiene usted razon.
JULIO. Luego... la novia tiene cinco mil duros y... ya vé usted...
- MALVINA. ¿Es usted interesado?
JULIO. ¿Yo? no, señora; pero ya que me case á disgusto, al menos que sea con provecho; y ya *que me lleve el diablo, al menos que sea en coche, y como dice un refran: los duelos con pan son menos.*
- MALVINA. En eso es en lo único que no estamos conformes.
JULIO. ¿De modo que usted renunciaria á la herencia de su tío y á la dote de su novia?
MALVINA. Eso dependeria de las circunstancias...
JULIO. ¿De las circunstancias? No lo comprendo.
MALVINA. Por ejemplo, si encontrase un hombre que me quisiera, que me comprendiese...
JULIO. ¿Entonces?...
- MALVINA. Entonces veria...
JULIO. (*Aparte.*) Alienta corazon, aun hay esperanza. Pues eso es muy fácil.
MALVINA. No tanto como á usted se le figura.
JULIO. (*Aparte.*) Yo me decido.
MALVINA. Hoy, sin ir más lejos, he recibido una declaracion; pero...
JULIO. ¿Pero qué?
MALVINA. Pero escrita en necio. (*Aparte.*) Veremos lo que dice.

- JULIO. ¡Señora! ¡La poesía es el arte de lo bello!
- MALVINA. Luego ¿era de usted?
- JULIO. No, señora; yo no tengo el feo vicio de escribir, y mucho menos versos.
- MALVINA. Pues lo siento.
- JULIO. (*Aparte.*) ¿Que lo siente? Esta mujer es maniaca.
- MALVINA. Lo siento, porque aunque mal escrita, el autor revela en ella un corazón puro y desinteresado.
- JULIO. Entonces es mía.
- MALVINA. ¿Pues no ha dicho usted hace un momento que no era suya?
- JULIO. Mentí.
- MALVINA. Esa es muy mala cualidad; yo jamás me casaría con un hombre embustero.
- JULIO. (*Aparte.*) ¡Adios esperanza! Nada, lo mejor será cojer el sombrero y asistir á la cita de mi notario.
- MALVINA. ¿Se marcha usted?
- JULIO. Así parece; ya son cerca de las cuatro y media y mi notario estará impaciente.
- MALVINA. ¿De modo que se decide usted á casarse con su prima?
- JULIO. Sí, señora.
- MALVINA. ¿A pesar de ser vizca?
- JULIO. Mejor, con eso jamás mirará bien á los que pretendan enamorarla.
- MALVINA. Ni á su marido tampoco.
- JULIO. En eso tiene razón.
- MALVINA. ¿Y cuál es la causa de esa marcha tan repentina?
- JULIO. La causa es usted, señora; usted, que se rie de mi infortunio; usted, que se burla de mi amor.
- MALVINA. ¡De su amor! ¡já! ¡já!
- JULIO. A los piés de usted.
- MALVINA. Pero, hombre, aguarde usted un instante.
- JULIO. Es que esa risita me quema la sangre.
- MALVINA. ¡Hola! ¿También se sulfura usted? Me alegro conocer todas sus cualidades. Yo no me casaría con un hombre que se le quemase la sangre.
- JULIO. ¿Se guasea usted? Hasta la vista.
- MALVINA. Hombre, usted es un fósforo.
- JULIO. ¿Pero usted se ha propuesto divertirse conmigo?

- MALVINA. (*Dejando caer las flores.*) ¡Ah! mis flores!
JULIO. Tómelas usted. ¡Ay, qué mano más deliciosa.
(*Besándola la mano.*)
- MALVINA. Caballero, ¿qué hace usted?
JULIO. Es un arranque.
MALVINA. ¿Pues no tiene usted malos arranques!
JULIO. Aquí me tiene usted á sus piés; de aquí no me levanto hasta que me dé usted el dulce sí que ambiciono.
- MALVINA. ¿Pero y mi primo?
JULIO. Le da usted calabazas; usted misma ha dicho que no le quiere.
- MALVINA. ¡Ya! pero ¿y los cinco mil duros de mi tío?
JULIO. ¿Y qué son cinco mil duros, cuando con ellos se pierde la felicidad?
- MALVINA. *Los duelos con pan son menos.*
JULIO. ¡Luego tengo que resignarme con mi desgracia, con mi horrible desgracia!
- MALVINA. Levántese usted, hombre.
JULIO. Pero...
- MALVINA. No le he dicho á usted que se levante?
JULIO. (*Levantándose.*) ¿Ni siquiera una esperanza?
MALVINA. Eso depende de usted
JULIO. ¿De mí? ¿Y qué tengo que hacer?
MALVINA. ¿Tendrá usted bastante fuerza de voluntad para renunciar á la dote de su prima?
JULIO. Ahora lo verá usted?
MALVINA. ¿A quién escribe?
JULIO. A mi tío, diciendo que no me caso.
MALVINA. Entonces...
JULIO. ¿Qué va usted á hacer?
MALVINA. Imitar su conducta.
JULIO. Aquí hay papel y pluma.
MALVINA. Pues escribamos.
JULIO. Escribamos. (*Escribiendo.*)
«Querido tío: no me caso con mi prima porque es una sándia.» (*Aparte.*) No la conozco.
«Una coqueta.» (*Aparte.*) No la he visto en mi vida.
MALVINA. (*Escribiendo.*)
«Querido tío: no me caso con mi primo porque es un estúpido.» (*Aparte.*) Jamás le he visto. «Un necio.» (*Aparte.*) No le conozco.
Yo ya concluí.
MALVINA. Y yo también.
JULIO. ¡Ahora el sobre! Ya está

- MALVINA. Ahí va mi carta.
JULIO. Esa es la mía.
MALVINA. (*Leyendo.*) «A D. Júdas Gavilan.» Pues si es mi notario.
JULIO. (*Leyendo.*) «A D. Júdas Gavilan.» Si es al mismo que yo se la dirijo.
MALVINA. ¡Qué casualidad!
JULIO. Me ocurre una idea. ¿Como se llama su tío de usted.
MALVINA. Crisanto Trompetilla.
JULIO. ¡Mi tío!
MALVINA. ¿Cómo su tío? Dirá usted el mio.
JULIO. Bueno, el de los dos.
MALVINA. ¿De modo que somos primos?
JULIO. Yo ya hace una hora que lo soy.
MALVINA. ¡Ay! ¡querido primo! ¡No es flojo el susto que he pasado!
JULIO. ¿Pues, y yo?
MALVINA. Pero ahora que recuerdo. ¿Tú no te querrás casar con una sándia... una coqueta...?
JULIO. Ni tú con un necio... un estúpido...
MALVINA. ¡Es verdad!
JULIO. Convengamos, estimada prima, en que nuestro enlace estaba predestinado.
MALVINA. Sí, ¿pero los insultos?...
JULIO. Quedan perdonados, y en prueba de ello, venga un abrazo.
MALVINA. ¿No sé si debo?...
JULIO. Es la cosa más natural del mundo, entre primos... ¿y luego... no vas á ser mi esposa?
MALVINA. (*Abrazándole.*) Tienes razon.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y FABRICIO.

- FABRICIO. ¡Vaya un abrazo! ¿Se puede entrar?
JULIO. ¡Animal!! ¿Quién te manda venir?
FABRICIO. Es que ahí está el choque, digo el coche.
JULIO. Pues que te enganchen. Vete.
FABRICIO. Ya me voy. ¡Qué genio! (*Váse.*)
MALVINA. Ahora sí que no se quejará el tío de nosotros.
JULIO. Ya estamos como quien dice casados; ya somos felices.

MALVINA. Sí, más nos falta...
JULIO. ¿Qué es lo que nos falta?
MALVINA. (Al público.)

Pues nos falta, en conclusion,
si es que la comedia agrada,
que nos den una palmada
antes que baje le telon.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *Duran*, Carrera de San Jerónimo; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.